

El nuevo Partido Republicano: ¿cambio de propuestas ideológicas?

Gabriela De la Paz M.

Escuela de Ciencias Sociales y Gobierno, Campus Monterrey, Tecnológico de Monterrey

En las elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos, el candidato del Partido Republicano sorprendió no sólo con su victoria sobre Hillary Clinton, sino por ciertas propuestas ideológicas que parecen sugerir que este partido está abandonando una posición favorable hacia la inmigración y rechaza los acuerdos de libre comercio, por citar dos ejemplos. Sin embargo, lo que parecía ser un suicidio político en 2015 venció todos los pronósticos y, por lo tanto, cabe preguntarse si estamos frente a un nuevo intercambio de ideologías o fue simplemente un recurso para conseguir la Casa Blanca.

Para ello, es preciso estudiar quienes le han otorgado el voto al partido republicano a partir de 1968. Como es sabido, este año Richard Nixon lanzó su candidatura a la Presidencia por segunda vez y logró articular un movimiento neoconservador que se benefició de las fracturas en el consenso político nacional a partir de la guerra de Vietnam y los movimientos de los derechos civiles de la década de 1960. El repaso de cómo Richard Nixon creó “la Mayoría Silenciosa” constituye la primera parte de este trabajo y nos permite entender la raíz del partido republicano de la actualidad.

Sin embargo, la globalización de la década de 1990 produjo cambios en los procesos de producción a nivel mundial, provocando que las cadenas de valor dejaran de ser completamente nacionales y con ello los sindicatos perdieron poder gracias a despidos masivos y cambios en la demografía, lo cual tuvo repercusiones en los cuadros del partido demócrata. Las consecuencias se sintieron también en el partido republicano, posibilitando la nominación Donald Trump, como se aprecia en la segunda sección en la que veremos los registros de votantes en las elecciones presidenciales.

Esto obliga a analizar el perfil del votante de Trump para la elección presidencial de 2016 con el fin de encontrar una conexión entre los votantes tradicionales de cuello azul del partido demócrata y los cambios geográficos. ¿Es posible que puedan coexistir dentro de un mismo manto ideológico la facción proteccionista, que solía ser representada por los

sindicatos y la facción pro-libre comercio de los empresarios? ¿Será que la coalición que votó mayoritariamente por Donald Trump en las elecciones de 2016 implica que el partido republicano y el partido demócrata vuelven a intercambiar votantes, inaugurando una nueva era de partidos en Estados Unidos?

Los sindicatos han perdido fuerza en Estados Unidos. En 2008 no pudieron colocar a su representante, Dick Gephardt, entre los primeros tres lugares en la elección primaria de Iowa. De ahí en adelante, el número de afiliados a la AFL-CIO ha ido decayendo, lo que les ha obligado a reorganizar su capacidad de movilidad, influencia y aliados. Normalmente, la AFL-CIO es uno de los cuadros del Partido Demócrata y solía ser anti-libre comercio. Tras la firma de los Acuerdos Paralelos del TLCAN, los líderes de la AFL-CIO se han colocado como pro-libre comercio, aunque la globalización sea uno de los muchos factores que ha perjudicado los empleos de los agremiados.

La conformación de los partidos políticos en Estados Unidos

Esto evidencia un ciclo de los partidos políticos en Estados Unidos. De acuerdo con Samuel Kernell y Gary C. Jacobson, se pueden identificar hasta seis etapas en la evolución de ese sistema partidista de 1800 a 1968 (Kernell & Jacobson, 2003).

La etapa de creación va de 1790 a 1824, venciendo el gran obstáculo que fue el rechazo a las facciones políticas, como quedara patente en varios artículos de Los Ensayos Federalistas, o The Federalist Papers. James Madison escribió en el No. 10, que éstas eran inevitables debido a la naturaleza humana y que los diversos intereses llevarían a los ciudadanos a aliarse con quienes tuvieran intereses similares y que, como a veces éstos irían en contra de los derechos de otros, la cuestión era cómo prevenir semejantes peligros (Hamilton, Jay, & Madison, 2001).

El origen de los partidos políticos en Estados Unidos queda ligada a la división entre los grupos afines a Alexander Hamilton, los Federalistas por un lado, y los Anti-Federalistas de Thomas Jefferson, por el otro, como ha quedado patente en tantos documentos. Los senadores eran electos por las legislaturas locales en elecciones

competitivas. Las coaliciones políticas eran sumamente inestables y cambiaban de nombre con frecuencia. Para 1800 sólo 5 estados, de un total de 16, escogían electores por voto popular y 11 de ellos decidían a través de las legislaturas.

La siguiente etapa abarca de 1824 a 1860, marcada tanto por el predominio de los Anti-Federalistas como por la famosa elección de 1824. En ésta, ningún candidato obtuvo la mayoría de votos electorales, aunque fue la primera vez que quien obtuvo más votos populares no obtuviera la Presidencia. Debido a esto se aplicó la Enmienda Doce y se votó en la Cámara de Representantes. Ahí, el candidato vencedor fue John Quincy Adams.

Para apoyar a la candidatura de Andrew Jackson en los comicios de 1828, Martin Van Buren fundó el Partido Demócrata. De esta manera, se procedió a crear una red con centros en Washington y Nashville, organizaciones estatales que promovían a Jackson en clubs, comités, reuniones parroquiales y condados, con el doble fin de vencer el alto abstencionismo de la época y promover a su candidato. Así surgieron las primeras convenciones nacionales, que eran reuniones de correligionarios de todo el país que permiten una mayor participación popular, resolver problemas de coordinación, unificar políticas, recoger ideas, ensamblar y reformar la coalición dentro del partido. Mediante el sistema de spoils se enfatizan los temas importantes y se permite que la gente ayude en la campaña, sin importar que lo haga para sus propios propósitos post-electorales. Los partidos, entonces, son abiertos a cualquier persona que quiera participar en sus procesos, sin que tenga que adherirse por completo a la ideología del partido (Kernell & Jacobson, 2003).

La tercera etapa se inaugura con la victoria del recién fundado Partido Republicano (1854) en las elecciones de 1860 y dura hasta 1894, con la creación de las maquinarias políticas como su principal característica. Cabe señalar que de 1800 a 1860 se crearon numerosos partidos, como el Whig y el Americano o “Know-Nothing” de los nativistas. En este período el tema principal es la esclavitud, vinculada con la expansión de Estados Unidos. Asimismo, las maquinarias políticas contribuyeron a que los políticos pudieran proveer de servicios y favores a la gente durante un año a cambio de su voto en las

elecciones. Posteriormente esta práctica corrupta se combatiría mediante la Ley Pendleton que crearía el sistema de servicio civil de carrera. También se introdujeron las boletas electorales, copiadas del sistema electoral australiano y se realizaron las primeras elecciones primaria (Davidson, Gienapp, Heyrman, Lytle, & Stoff, 2006)s.

La cuarta etapa se caracteriza por el predominio del Partido Republicano (1894-1932). El período que abarca gran parte de la Reconstrucción y el auge del Progresismo fue testigo de la consolidación de las maquinarias políticas. Por otro lado, el Partido Demócrata absorbió las propuestas del Partido Populista, entre las que destacan los intereses agrícolas y una firme defensa del sistema monetario basada en la plata. Los republicanos favorecieron la industrialización y las compañías financieras, lo que explica su auge en esta etapa, pero también su caída, ya que la política del “laissez faire” fue incapaz de frenar la Gran Depresión que empezó en 1928.

Lo cual llevó a la siguiente etapa, con el triunfo del demócrata Franklin D. Roosevelt (FDR). Las acciones que emprendió FDR para frenar la Gran Depresión, conseguir la recuperación económica, apoyar al desempleado y evitar crisis de esta magnitud, ocasionaron lo que se conoce como la Coalición del New Deal, o Nuevo Trato, y que definieron las ideologías de los dos partidos principales de Estados Unidos de 1932 a 1972. El reconocimiento de los sindicatos y las políticas para apoyar la agricultura le ganaron el apoyo de intelectuales progresistas, granjeros e intelectuales progresistas. Por otro lado, al ser demócrata, contaba con el apoyo de los demócratas del sur, los bautistas sureños y los afroamericanos en la zona norte (Davidson, Gienapp, Heyrman, Lytle, & Stoff, 2006).

Sin embargo, medidas como la Ley Bancaria Glass-Steagall que restringía la especulación bancaria y la creación de instituciones dedicadas a regular y monitorear las transacciones financieras, provocaron que Roosevelt fuera visto como un traidor a su clase y la gente de negocios y los protestantes blancos de altos ingresos votaran por el Partido Republicano a partir de la elección de 1936 (Kernell & Jacobson, 2003). La intromisión del gobierno federal en el control de precios y salarios dividió a liberales y conservadores,

poniendo un acento geográfico en las grandes ciudades, para los demócratas, mientras que los pequeños pueblos y ciudades localizados en el noroeste y el centro, para los republicanos.

En materia de política exterior el comienzo de la Guerra Fría no modificó esta división. El consenso duró hasta que el fracaso de la guerra de Vietnam se hizo evidente y los movimientos por los derechos civiles de las minorías, incluyendo los de las mujeres afectaron la relación de la gente y sus valores con los partidos políticos. John F. Kennedy obtuvo la mayoría de los votos afroamericanos en la elección de 1960, peor fue Lyndon B. Johnson, al conseguir la aprobación de la Ley de los Derechos Civiles (1964) y la Ley del Derecho al Voto (1965) quien provocara un terremoto político (Davidson, Gienapp, Heyrman, Lytle, & Stoff, 2006).

Cuadro 1. Coaliciones partidistas después de 1965

Republicanos	Demócratas
Gobierno federal pequeño y más barato.	Justicia y equidad.
Bajos impuestos para las empresas y personas con mayores ingresos.	Impuestos para las personas y empresas con mayores ingresos.
Menos regulación de negocios.	Regular negocios en beneficio del consumidor y el medio ambiente.
Poco gasto en bienestar social.	Apoyo a las familias más vulnerables, atención médica.
Gasto elevado en defensa.	Poco gasto en defensa.
Libertad de empresa.	Programas diseñados para incrementar el bienestar interno.
Prohibición del aborto.	Sin restricciones al aborto.
Religión en las escuelas públicas.	Escuelas públicas laicas.
Hombres.	Mujeres.
WASP.	Minorías étnicas y religiosas.

Fuente: Kernell & Johnson, 2003.

En las elecciones de 1968 Richard Nixon descubrió una mina de oro cuando, en pleno auge de los hippies y la contracultura, en vez de persuadir a los votantes de que aceptaran los derechos civiles de los afroamericanos y la evidente derrota de Vietnam, convirtió a los “americanos promedio” (conservadores, de pueblos pequeños, individualistas, capitalistas, patriotas y de valores victorianos clasemedieros) en una “mayoría silenciosa” que no salía a manifestarse a las calles, pero que se sentía amenazada

por el avance de los derechos de las minorías étnicas y de género y se sentía herida en el orgullo nacional por la debacle de su ejército.

La huella de Richard Nixon en el sistema electoral estadounidense

La etapa actual de los partidos políticos estadounidenses inició en 1968. O probablemente antes, con las leyes federales que mandaban el fin de la segregación racial y que los líderes demócratas en el Congreso no pudieron impedir (Caro, 2003). Aunque no cambiaron de partido inmediatamente para no perder su antigüedad y, con ello, los privilegios y el poder adquirido en las cámaras, poco a poco el Sur fue cambiando hasta volverse predominantemente republicano gracias a sucesivas derrotas de impopulares candidatos demócratas (Black & Black, 2002).

Sediento de victoria, en vísperas de las elecciones de 1968 Richard Nixon armó la “mayoría silenciosa” del americano conservador y patriota, que luego se moralizaría con la Nueva Derecha Cristiana de Ronald Reagan y los dos George Bush. Algunos años después, Ronald Reagan acercó la derecha religiosa a la política para desligarse de Nixon y el escándalo Watergate y, aunque mantuvo a distancia a los pastores que utilizaban los medios de comunicación para enviar su mensaje religioso y ampliar sus bolsillos, abrió la puerta de su partido a la derecha más extrema. George W. Bush le dio un lugar protagónico a los evangélicos en políticas como el rechazo a la eutanasia, la investigación con células madre y el matrimonio igualitario, moviendo más a la derecha la ideología republicana.

El ex gobernador de Texas, o más bien, su estrategia Karl Rove, acabó dándole un lugar en la mesa a esos votantes blancos más extremos que Reagan había evitado, éstos que se personifican en candidatas y candidatos que capitalizan una gran ignorancia y un gran resentimiento hacia el establishment: Sarah Palin, Michelle Bachmann, Ted Cruz, Marco Rubio. Posteriormente, en la elección primaria de 2016 en el partido republicano los candidatos salieron todavía más del molde tradicional: un magnate inmobiliario, un ex neurocirujano, una alta ejecutiva de negocios o políticos con relativamente poca experiencia. La idea es mostrar “pureza”, es decir, hacer patente la desconexión con la clase política mediante declaraciones cada vez más disparatadas que acercan al ciudadano de a pie que no tiene para pagar su hipoteca y la colegiatura de los hijos con estos millonarios y

políticos que, si no tuvieran los contactos con el establishment, difícilmente podrían postularse a la Presidencia.

De Nixon al segundo Bush, la constante es que Estados Unidos ha sufrido transformaciones sociales, pero también que su estatus de superpotencia económica y política ha tenido altas y bajas muy bruscas que han tenido como consecuencia una clase media empobrecida que no es capaz de comprender los movimientos que tienen lugar más allá de sus fronteras. Los conservadores han sabido aprovechar este descontento y se han apartado de los valores del partido republicano más tradicional y, en aras de conseguir votos, en vez de ayudar a los votantes a comprender cómo funciona el nuevo sistema internacional para que puedan beneficiarse, alientan el resentimiento contra los otros grupos étnicos, se escudan en el patriotismo y se vuelcan contra el establishment.

Ésa es una explicación de la popularidad de los candidatos estadounidenses que aparentemente vienen de afuera y que no tienen conexiones con la política nacional. En 1976 fue Jimmy Carter, un gobernador demócrata de Georgia que prometió la renovación moral de la política tras la corrupción de Watergate. Pero el problema fue que al tratarse de un grupo de externos, Carter y su equipo desconocían el “quien es quien” de Washington, pisaron egos y no supieron en cuáles puertas había que tocar para pedir favores, que es la clave del éxito en esa ciudad.

En las elecciones de 1980 se acuñó el término “Reagan Democrats” o los “demócratas de Reagan” para señalar a los estadounidenses de Pennsylvania, Ohio, Michigan y Wisconsin -principalmente-, blancos, que no tenían un grado universitario, de la clase trabajadora y que eran demócratas declarados, pero que habían votado por Ronald Reagan. También se puede decir que eran conservadores en cuestiones sociales, seguridad nacional y género (Beinart, 2016). Aunque algunos académicos sostienen que esa clasificación de demócratas ya no existe, algunos de ellos terminaron cambiándose al bando republicano permanentemente.

El resurgimiento de las ideas de Nixon en 2016

Las elecciones presidenciales de 2016 capitalizaron el descontento al establishment porque parece que nada funciona y los políticos sólo ven por sus intereses, no los del electorado. Las leyes promulgadas por el Congreso de Estados Unidos son menos que en otros periodos y se tardan más en ser aprobadas. Sin embargo, el representante que actualmente está en el Congreso lleva un promedio de 8.8 años en funciones y los senadores acumulan 9.7 años en el Senado, según el Congressional Research Service, pero hay quienes llevan décadas de servicio. Por que cuando se obtiene un escaño, se adquieren fondos y una red de contactos que facilitan la permanencia siempre y cuando los electores perciban que su trabajo los beneficia (Glassman & Wilhelm, 2017).

El lema de Trump, “Hacer a América grande otra vez” refleja el descontento de quienes añoran un país que influía sobre una gran parte del planeta. Sin embargo, no se dan cuenta que para eso hay que pagar un precio: pelear guerras en lugares lejanos y que mueran soldados propios, gastar mucho dinero en mantener alianzas y promover la creación de empleos en el exterior mediante acuerdos de libre comercio.

De igual manera, los republicanos, que habían sido quienes propugnaban por tratados de libre comercio, tanto para acceder a nuevos mercados como para producir a costos más baratos aprovechando las disparidades de salarios en economías emergentes y divisas devaluadas, abandonaron esta propuesta. Aún con el Tratado Transpacífico a medio cocinar, decidieron cortejar el voto del obrero que se siente desplazado por la globalización y parece que lo han conseguido creando un verdadero terremoto político.

De acuerdo con el New York Times, el 59% de quienes creen que el comercio con otros países genera más trabajos para Estados Unidos, votaron por Hillary Clinton, frente a un 35% que votó por Donald Trump. Entre los votantes que creen que el comercio internacional toma los trabajos nacionales 31% votaron por la candidata demócrata y 65% por el republicano. Asimismo, el 63% que cree que el comercio internacional no tiene ningún efecto en los empleos estadounidenses votó por Clinton, mientras que el 30% votó por Trump (Huang, Jacoby, Strickland, & Lai, 2016).